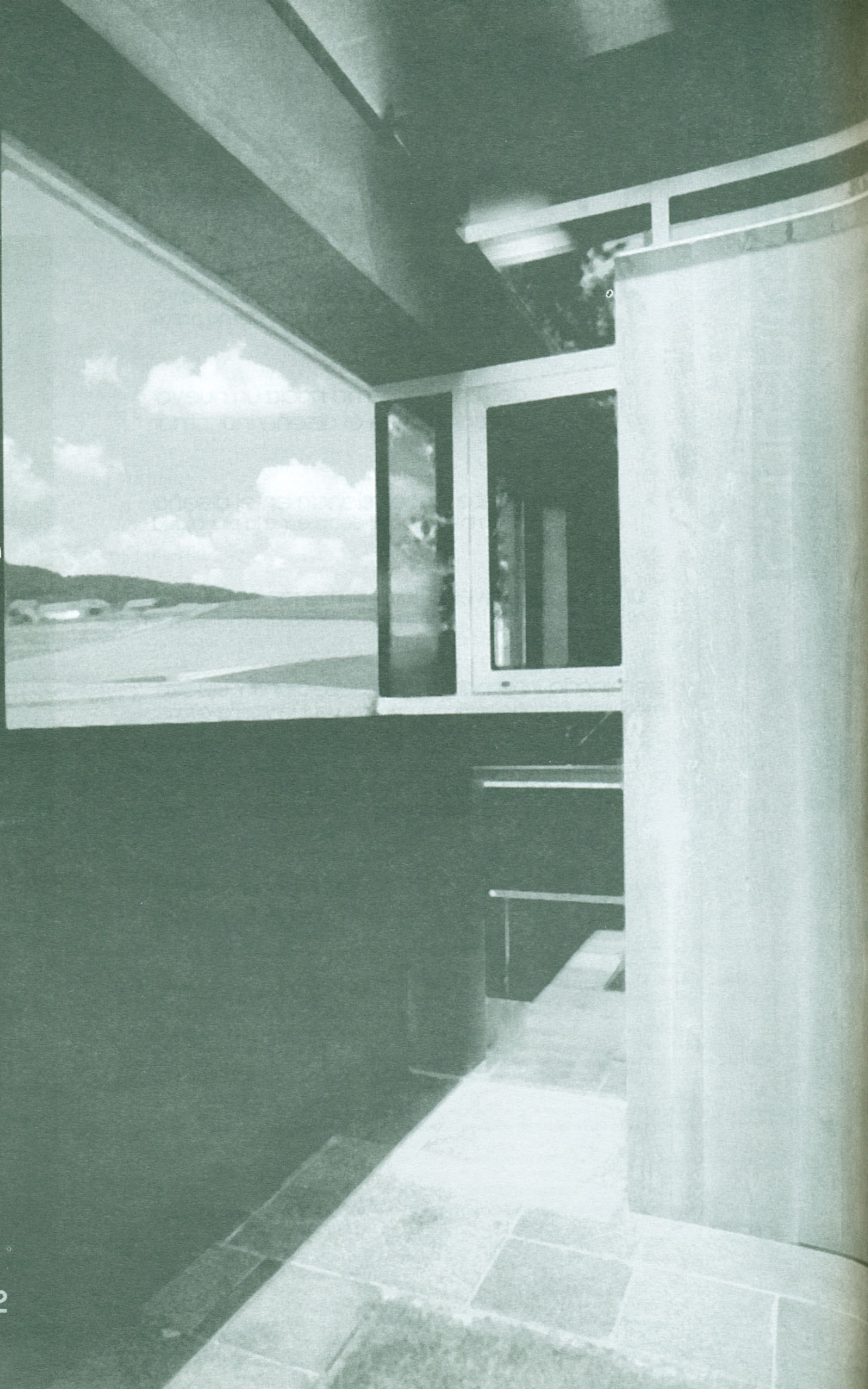


lo viejo y lo nuevo de lo nuevo

Silvia Arango
Profesora de la Universidad Nacional de Colombia

segunda y última parte

N



Es que, en términos estéticos, lo nuevo de lo nuevo parece ser, en un panorama general, la seducción que el minimalismo ejerce sobre los arquitectos latinoamericanos más jóvenes. Desde hace ya varios años, veníamos notando que a muchos arquitectos europeos, sobre todo de la península ibérica, les gustaba mucho el minimalismo. De hecho, tanto en las ediciones de las Bienales Iberoamericanas como en los premios Mies Van der Rohe para América Latina, la búsqueda de la excelencia ha mostrado una proclividad a privilegiar un cierto buen gusto que se identifica con volúmenes puros, ascetismo, transparencias y silencios. El maximalismo exhibido por muchos arquitectos latinoamericanos aparece, por exclusión, como barroquismo, retorcimientos injustificados, regionalismo que ya no se lleva, extensión ingenua del cadáver del posmodernismo o simple mal gusto.

La oleada minimalista tiene buenas razones para haberse producido: expresa elocuentemente un rechazo a la arquitectura *light* de las multinacionales, al exhibicionismo de la arquitectura comercial y a la arquitectura-espectáculo que no ofrece emoción distinta a la del vértigo. Tiene, por otro lado, una buena excusa histórica: el retorno nostálgico a una primera modernidad de la que se rescata su sed de esencias, de verdades y de geometrías básicas. Esto es igual en todas partes. Pero, para mirar su sentido en América Latina, habría que tomar ciertas precauciones.

La primera precaución es precisar si se trata, o no, de una influencia de Europa y en especial de España y Portugal sobre América Latina. No hay libro de historia de la arquitectura latinoamericana que no se refiera, con sospechosa constancia, a la manera como los latinoamericanos hemos copiado, adaptado, adoptado o modificado lo que se producía en Europa. Esta constatación, si la es, presupone una continuada influencia en un sólo sentido que, por inercia, se prolonga hasta hoy. Pero poco se especifica sobre el tipo de influencia, en qué dimensión del organismo arquitectónico actúa, su intensidad, su permanencia,

por un lado, sí existe una influencia ibérica sobre la arquitectura latinoamericana joven...

su difusión, en fin, todo aquello que matizaría la vieja y natural tendencia que tiene la arquitectura a obrar por medio de precedentes, a la manera de la jurisprudencia en el derecho.

Con base en esta precaución sobre el difuso término de influencia, me atrevería a decir que, por un lado, sí existe una influencia ibérica sobre la arquitectura latinoamericana joven, concentrada especialmente en el diseño de espacios públicos urbanos; pero, por otro lado, no la hay, sino que responde a tradiciones y características locales.

El minimalismo originario —el de Mies, o el del neo-plasticismo— connotaba la estética de la máquina, la industrialización, la producción en serie y la democracia productiva. El minimalismo actual que bebe en estas fuentes comparte esta intención básica de lograr, con un mínimo de recursos, una máxima expresión plástica.

Pero el tiempo no corre en vano y ya, despojado de la magia maquinista, el minimalismo contemporáneo empieza a significar otra cosa: con actitud de manifiesto, expresa el hastío del consumo y la sofisticada postura de quien pue-

de darse el lujo de no poseer casi nada, así como los restaurantes más costosos son los que no tienen música de fondo. Los exquisitos detalles del minimalismo europeo actual, verdaderas piezas de joyería, son elaborados elementos únicos, irrepetibles y minuciosos, destinados a espíritus selectos. Es un pensamiento abstracto, decantado, sutil, visual, el más intelectual de los sentidos, que usa materiales fríos quintaesenciados, vidrio y metal. Refleja una sensibilidad de asepsia y una ética de la transparencia, del "no tengo nada que ocultar", donde no cabe la mentira. Es difícil que un minimalismo en estos términos pueda arraigar en América Latina, aunque se haya intentado; salvo felices casos, este tipo de minimalismo, al tener que construir con presupuestos restringidos y con metales y vidrios de la industria local, produce, con frecuencia en América Latina, una sobresimplificación de los detalles. Por ello, el delgado límite que distingue el minimalismo quintaesenciado y la simpleza sosa se traspasa con frecuencia.

Otro tipo de minimalismo se origina, en buena medida, en las arquitecturas tradicionales latinoamericanas (coloniales o modernas), a partir de muros cerrados. Muros texturados, a veces en color, con vegetación y juegos de luz que potencian los sentidos en la percepción de las superficies, que ocultan, tras la sencillez de la forma, la complejidad de las relaciones. En la pretensión contemporánea que creemos compartida -la de buscar el máximo de expresión plástica con el mínimo de recursos- debe leerse, literal y llanamente, con el mínimo de recursos económicos, lo que desemboca en una búsqueda de austeridad.

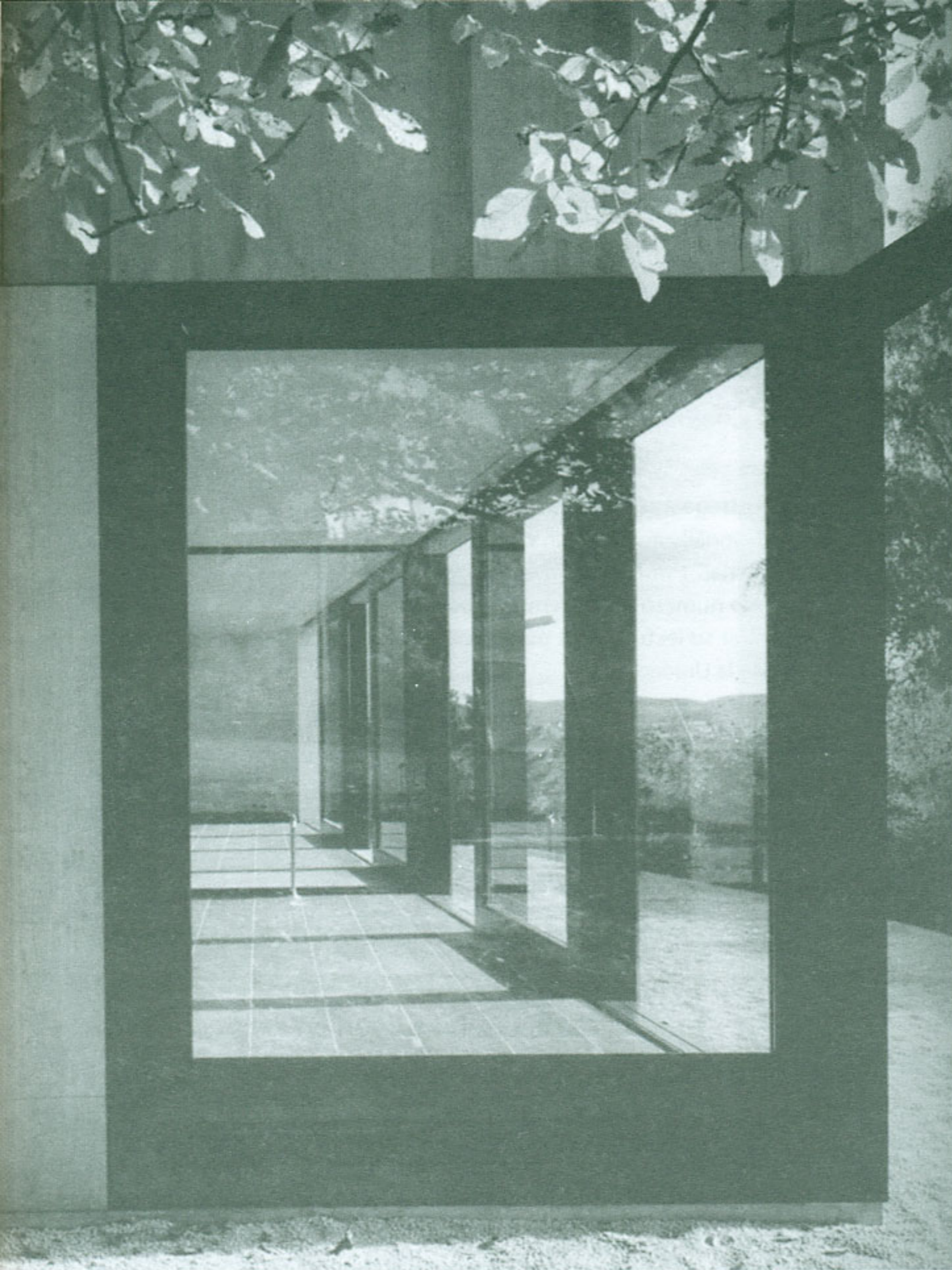
No se trata, obviamente, en los casos de la arquitectura que se presenta en las Bienales, de la austeridad pobre del "no puedo" sino de la austeridad arrogante del "no quiero". La búsqueda de ascetismo, del mínimo necesario, de la utilidad calculada de los espacios, se entremezcla con la tradicional aspiración sensorial maximalista, expresando una ética de los sentidos que rechaza el complot de la cultura contemporánea contra el cuerpo. Una ética que no cree en el destino, que aspira al golpe de suerte, al ascenso social siempre posible, con espacio para el secreto. La austeridad arrogante de algunas de las arquitecturas minimalistas recientes utiliza materiales pesados: mampostería, ladrillo o concreto dejados como terminado final durable, para ser complementado por la naturaleza.

Si volvemos al viejo y nuevo tema de las influencias, no debemos despreciar la influencia mayor para los arquitectos: la que procede de la propia experiencia. Y en este sentido, en un continente ya predominantemente urbano, es indispensable reconocer la continuidad moderna o, dicho de otro modo, la experiencia que significa vivir en ciudades, repito, hechas fundamentalmente en el siglo xx.

...pero por otro lado, no la hay, sino que responde a tradiciones y características locales.

Son muy recientes los estudios sistemáticos sobre las características de la arquitectura latinoamericana de la primera mitad del siglo xx, pero poco a poco se va revelando una modernidad original, vigorosa y compleja, a la que es difícil clasificar con epítetos estilísticos como decó, expresionismo, o racionalismo.

Pero no se necesita ser erudito investigador, sino simplemente vivir en las ciudades latinoamericanas con los ojos, los oídos y la nariz abierta, para entender que son ciudades llenas de ejemplos de precedentes que han resistido con dignidad el paso del tiempo, el abandono, el uso y el abuso, y que hoy por hoy se constituyen en la principal referencia de los arquitectos latinoamericanos. Se trata de una influencia sobre sí misma, que resume, muchas otras influencias superpuestas. Sin entender este pasado mediato veo difícil comprender cabalmente la proclividad maximalista que demuestran muchas de las arquitecturas recientes del continente latinoamericano y que son, por muchas razones, las menos exitosas y conocidas por fuera, pero posiblemente las más adecuadas por dentro.



Fotos: Tomadas del libro *Minimalismo Minimalism*. pp. 219, 283 Feierabend, Berlín 2003. Arco editorial S.A.

A pesar de la pretendida globalización, es natural y saludable que las arquitecturas americanas e ibéricas posean diferencias, aunque éstas no siempre son evidentes. Sin embargo, a juzgar por las manifestaciones recientes más destacadas en ambos ámbitos, e independientemente del dictamen final sobre las calidades, también deben mencionarse las similitudes: el deseo de responder, con proyectos de talla mediana, a necesidades sociales ciertas; el rechazo a la vulgaridad y ordinareiz de la arquitectura comercial de masas, y un cierto sentido común.

Bogotá, junio de 2002